

EL NIÑO DE CHOCOYOS

Nací en un pueblecito, o más bien aldea, de la provincia o, como allá se dice, departamento de la Nueva Segovia, llamado Chocoyos y hoy Metapa.

RUBÉN

Deliberadamente o no, en las dos líneas que abren este estudio se confunden la antigua jurisdicción de Segovia y la nueva de Matagalpa desde 1858, vigente ya en el año del nacimiento de nuestro personaje. Acerca del nombre Chocoyos, éste no es sino un apodo generalizado, pues el pequeño pueblo que vio nacer al poeta tiene por nombre Metapa, municipio campesino lejano de la ciudad más próxima que es León, y enclavado en la región de Metlalpán. Lugares limítrofes son San Isidro y Sébaco al Norte; Teustepe, Tipitapa y San Francisco Libre al Sur; Terragona y San José de los Remates al Este; y al Oeste el ayuntamiento de El Jicaral. Sus sonoros nombres son castellanos y autóctonos, como el del resto de comarcas rurales que componen el territorio; así Los Llanos de Tamalapa, Dulce Nombre de Jesús, Trujillo, El Cacao, o San Juanillo.

El dieciocho de enero de 1867, en esta tierra, venía al mundo el hijo de Manuel García y Rosa Sarmiento. Él es un

bebedor y un mujeriego, por lo que tras ocho meses de unión forzada y sin afecto, llegan a la separación. En el mes de diciembre la acongojada madre del niño marcha en un tren de mulas y carretas por el camino de Las Segovias hacia el valle de Olominapa, donde una tía suya, Josefa Sarmiento, regenta un negocio de abarrotes y pulpería. Es allí donde Josefa desea cuidar y atender en el parto a la mujer encinta, pero la gravidez y los dolores de Rosa hacen que alumbre al niño antes de lo previsto en la pobre población de Metapa, y en la humildísima vivienda de una tal Cornelia Mendoza, conocida de la familia. Cuentan que después de hervir las sábanas, prepararon la mistela caliente con miel de jicote, el cuchillo desinfectado y demás ritos necesarios para la porfía, y que la primeriza parió un niño de cabeza muy grande.

Su madre empezó a llamarlo Rubén desde el día de su nacimiento, y más tarde, en honor a su tío político el coronel don Félix Ramírez será llamado Félix Rubén, un tres de marzo, en la pila bautismal en León. La legitimidad del apellido Darío, como el propio Rubén aclara en su autobiografía, se la debe a un antepasado. *Según lo que algunos ancianos de aquella ciudad de mi infancia me han referido, un mi tata-buelo tenía por nombre Darío. En la pequeña población conocíale todo el mundo por don Darío; a sus hijos e hijas por los Daríos y las Daríos. Fue así desapareciendo el primer apellido, al punto de que mi bisabuela paterna firmaba ya Rita Darío; y ello convertido en patronímico llegó a adquirir valor legal, pues mi padre, que era comerciante, realizó todos sus negocios ya con el nombre de Manuel Darío¹.*

¹ Los caracteres en cursiva de este estudio corresponden a comentarios del propio autor, extraídos en su mayor parte de *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Casa Editorial Maucci, Barcelona, 1912.

Sus primeros recuerdos son el de un país montañoso, en un villorrio llamado San Marcos de Colón, en la frontera de Nicaragua y Honduras, o los fuegos artificiales en la plaza de la Iglesia del Calvario en León, adonde regresa con el coronel y marido de su tía abuela Bernarda Sarmiento de Ramírez. Según lo retrata él mismo, era un militar bravo y patriota, perteneciente a los unionistas de Centroamérica.

El niño se cría en el hogar de sus nuevos padres, a los que adora, en una casa grande, arbolada, con un patio en el que don Félix y los suyos le cuentan hermosas o extraordinarias historias, fabuladas o veraces. Es ahí donde por vez primera oye hablar de un «negrero gringo» de nombre *William Walker*, que invade el país en dos ocasiones y en una logra hacerse mandatario y tirano².

Bajo aquella protección el niño aprende a montar a caballo, sus ojos descubren el hielo y las manzanas de California, y también —a los tres años sabe leer— los cuentos infantiles, que absorbe con suma facilidad gracias a una capacidad intelectual sobresaliente.

La inesperada muerte de su tío trastoca la vida familiar, que en adelante se torna precaria; desaparecen los días de abundancia, el corredor de la casa parece más frío y la vieja construcción colonial con su pozo y sus árboles ahora es un recuerdo de lo que un día fue. En semejante situación de escasez se alimenta de las papas y frijoles que le prepara una criada india. Pero el pequeño sigue nutriéndose de las historias de aparecidos y ánimas en pena que en la casa le cuentan los empleados de confianza de los padres adoptivos, el indio

² Se recomienda la lectura de *Walker: La Guerra de Nicaragua*, de William Walker. Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), San José, Costa Rica, 1970.

Goyo y la mulata Serapia, o la anciana madre de la tía Bernarda, que bañaba, vestía y alimentaba a aquel niño flaco y cabezón. Estas tenebrosas consejas son las que le producirán un perpetuo terror a la muerte, así como las pesadillas que por tan largo tiempo lo acompañaron.

En los años de escuela aprende aritmética, geografía, gramática y religión, y guarda un destacado y hermoso recuerdo de la primera persona que le enseña el alfabeto: la profesora Jacoba Tellería. Aquí no deja de sorprender la semblanza que hace Felipe Ibarra, maestro de sus primeras letras, cuando dice: *Era un muchacho endeble, de crenchas rubias, tez blanca, rostro aguilino, frente espaciosa, y ojos grandes y centelleantes.*

El alumno estudia poco, pero se inicia compulsivamente en la lectura, y por su imaginario pululan los *Oficios* de Cicerón; *La Biblia*; *El Paraíso Perdido*; *La Divina Comedia*; comedias españolas de Lope y Calderón; las obras de Moratín; *La Corina* de Madame de Stäel; *La Caverna de Strozzi* de J-J. Regnault-Warin; e ilustradas por Gustavo Doré, se prenda de las aventuras y hazañas de un caballero andante que ebrio de libros pierde el sano juicio.

Igualmente comienza a escribir versos, lo que en su naturaleza brota de un modo casi natural. Los primeros coincidiendo con las celebraciones de la Semana Santa en que las calles se adornaban con arcos de ramas verdes, palmas de cocoteros, aves coloridas o en que se dibujaban alfombras coloreadas con flores innúmeras. Al pasar la Procesión del Señor del Triunfo, una dorada granada que colgaba de uno de los arcos se abría, y dejaba caer una lluvia de versos que eran los suyos. Esto hizo que muchos que sabían de su destreza en este ejercicio encargasen también al chiquillo el mismo trabajo,

pero en esta ocasión bajo la forma de un epitafio, si acontecía la despedida de un deudo o un ser querido:

*Murió tu padre, es verdad;
le lloras, tienes razón;
pero ten resignación,
que existe una eternidad
do no hay penas...
Y en un trozo de azucena
morán los justos cantando.*

A veces hacía excursiones al campo con los suyos, en pesadas carretas tiradas por bueyes, cubiertas con un toldo de cuero crudo. Muchachos y muchachas se bañaban en el río. Otras veces viajaba al litoral. *Cuando se hacía un alto en mitad del bosque, los mayores hacían una hoguera y se sacaban pollos asados, huevos duros y aguardiente de caña. Los hombres se alegraban, cantaban al son de la guitarra y disparaban tiros al aire dando los gritos usuales, muy diferentes del chivato araucano.*

Sin embargo, su naturaleza es más solitaria que la de su gente. Como apuntan sus biógrafos, y él mismo afirma en sus memorias, fue de siempre algo triste, melancólico, entregado a la contemplación del cielo, del mar, de las estrellas. Su sensibilidad no es ajena a ciertos recuerdos cotidianos de su infancia, como el galope de los caballos, o el estrépito de los borrachos por las noches. Una escena le queda grabada: a orillas de un pantano, y armados con un machete, ve a dos bravos carreteros riñendo, y no olvida su impresión cuando uno siega con su arma la mano del otro.

Si bien desde sus primeros días la familia le infunde los valores cristianos y una sólida religiosidad, es por influencia de una tía suya que llega a frecuentar la casa de los Jesuitas,